

Opinión

Geopolítica e independencia de Colombia

Beethoven Herrera Valencia



Tras proclamar la independencia se enviaron a Inglaterra misiones diplomáticas de la Junta de Caracas y de las Provincias Unidas de la Nueva Granada; las cuales buscaban obtener el reconocimiento de la independencia y conseguir los recursos para financiar la guerra.

Los enviados americanos se percataron prontamente de la ambivalencia inglesa, pues buscaba no enemistarse con España y aparentaba neutralidad para evitar una confrontación directa. Los funcionarios ingleses recibían a los comisionados, aunque de manera informal, e incluso ofrecieron sus buenos oficios para que los americanos llegaran a un entendimiento con España. Pero al mismo tiempo les permitían adquirir material de guerra, organizar expediciones desde suelo inglés y contratar militares que apoyaran la lucha de la independencia, pues tenían vivo interés en establecer comercio con estas colo-

nias, lo cual estaba prohibido por el monopolio y monopsonio español.

Como ha mostrado Roberto Junguito, las diferentes negociaciones de deuda con Inglaterra generaron intensa polémica: El empréstito negociado por Francisco Antonio Zea y el contrato que López Méndez celebró con Mackintosh en 1821 fueron reprobados por el Congreso en 1823 y el empréstito de 1824 enfrentó cuestionamientos que perduraron hasta finales de la década de 1820. Esas inconformidades se relacionaban con el precio de los implementos adquiridos y con las garantías que respaldaban las transacciones.

Fue también dilatada y accidentada la aprobación por el Congreso del Convenio de 1834 y del Convenio de 1838, por el cual las naciones nacidas de la antigua República de Colombia acordaron la distribución de las acreencias que la unión tenía al momento de su disolución. La Nueva Granada, en razón de su mayor población asumió el pago del 50% de esas acreencias.

El Congreso colombiano desaprobó las operaciones de Zea indicando que para que fuesen válidas deberían ser aprobadas



El aporte de dinero, tropas y armas fue definitivo para el logro de la independencia; junto al pronto reconocimiento que Inglaterra otorgó a las nuevas repúblicas, lo cual disuadió a España de intentar una reconquista.

por el Congreso y sólo entonces los prestamistas podrían desembolsar los recursos.

Como ha mostrado Mauricio Avellaneda, en cuanto al empréstito de 1824 después de que los delegados Arrublas-Montoya y la casa británica B. A. Goldschmidt definieron las características del préstamo, este fue sometido a la consideración del Congreso, órgano que decidió modificar algunas cláusulas, y

ello llevó a la casa Goldschmidt a plantear la rescisión de la operación. Se puede reconocer que el control del Congreso podía mejorar la calidad los contratos, pero en una época en la que las comunicaciones entre Londres y Colombia podían tardar varias semanas, las decisiones se dilataban en el tiempo. El Congreso en diversas ocasiones introdujo modificaciones a lo pactado, pero si ello no era aceptado por los acreedores, se demoraba el acuerdo y por ende la llegada de los recursos.

La presencia en las batallas decisivas de la Legión Británica dirigida por James Rook, y el papel que europeos como O'Leary, tuvieron allado de Bolívar fueron decisivos en el proceso. Fue el irlandés Ruperto Hand quien acribilló al general José María Córdoba por haberse opuesto a la dictadura de Bolívar.

El aporte de recursos financieros, tropas y armas fue definitivo para el logro de la independencia; junto al pronto reconocimiento que Inglaterra otorgó a las nuevas repúblicas, lo cual sin duda disuadió a España de intentar una nueva reconquista.

Profesor, universidades Nacional y Externado

¡Fuego!, llamen a los codirectores

Sergio Calderón Acevedo



No la tienen fácil los codirectores del Banco de la República. Desde hace meses se viene cocinando para la economía mundial la tormenta perfecta, y ellos, como encargados de llevar la nave de la economía a buen puerto, ven cómo cada día los nubarrones se vuelven más negros: Trump intensifica la guerra comercial; la Reserva Federal decide bajar las tasas de intervención; el Banco Central Europeo se prepara para un relevo; Argentina, México y Brasil solo muestran síntomas de deterioro; y, para rematar, en Colombia sube el desempleo, se atiza la inflación y el mismísimo gerente del Emisor vuelve a decir, que Santos manda decir, que la economía crecerá menos de lo esperado. Y el 'paganini', por supuesto, es el pobre peso.

Estar sentado hoy en la Junta del Banco de la República es un oficio altamente riesgoso, digno de una de esas series del Discovery Channel. Ninguna decisión es fácil, ni deja contentos a todos los agentes económicos. Supongamos que aguantan hasta el 27 de septiembre, como anunciado, para discutir si modifican o no la tasa de intervención. Abrirán la discusión, ya tarde, revisando los recientes pronósticos de crecimiento económico lanzados a los medios por parte de su gerente.

Algunos estarán a favor de bajar las tasas de interés, diciendo que la economía necesita un respiro y que el alto desempleo así lo aconseja. Además, los de ese bando dirán que no seguir los pasos de la Fed abrirá aún más la brecha de tasas domésticas y externas, lo cual reversaría el alza del dólar, en detrimento de algunos sectores exportadores que están viviendo sus días de gloria. Los otros dirán que no, que disminuir la tasa, que se encuentra en 4,25% desde el 30 de abril de 2018, puede impulsar la inflación, la cual se acerca ahora al nivel psicológico de 4%. Y bajar las tasas de intervención es abaratar aún más los recursos que usan hoy especuladores para comprar dólares, ejerciendo mayor presión sobre el tipo de cambio, en un mortal juego como el que vivió el país hace 20 años, cuando se tuvo que decretar la muerte de la banda cambiaria, porque el mercado siempre es más fuerte que quienes dicen poder regularlo.

En las largas horas que tienen nuestros codirectores para dedicar a la lectura de apasionantes tratados de economía, deberían echar mano a muchos estudios que demuestran que, en Colombia, la devaluación acelerada, como la que vivimos en la actual coyuntura, beneficia a unos cuantos exportadores de bienes primarios, flores y frutas, y llena sus bolsillos, pero roba competitividad a la economía y produce recesión.

Es lógico: las materias primas y los bienes de capital que requiere Colombia para atender su demanda interna y para exportar bienes de alto valor agregado a economías menos avanzadas, como las centroamericanas y las andinas, son importadas. Y su mayor costo se refleja en inflación y en menor crecimiento. La última vez que esto quedó demostrado fue en 2016, cuando el tipo de cambio logró su, hasta ahora, su máximo histórico, y la economía se frenó.

No deben equivocarse los codirectores: no frenar la devaluación es jugar con fuego. Y las reservas internacionales, más que quintuplicadas en veinte años, les dan suficiente agua para extinguirlo.

Asesor económico y empresarial migomahu@gmail.com

Perito financiero y docente

Orwell, el visionario

Miguel Gómez Martínez



Michel Onfray es un filósofo francés que se describe como libertario, anarquista, comunitario, ateo y hedonista. Viene de publicar en Francia un libro titulado Teoría de la Dictadura (Robert Laffont, 2019). Onfray afirma que Orwell es uno de los grandes filósofos políticos de todos los tiempos, de importancia comparable a la de Maquiavelo, Hobbes, Rousseau o La Boétie.

El texto es una relectura de la célebre obra del George Orwell titulada, 1984, que fue publicada en 1949. El libro de Orwell es considerado como una distopía, que significa una "sociedad ficticia indeseable", lo contrario a una utopía. 1984, es una novela de ciencia ficción donde se describe un futuro negativo de la humanidad dominada por una forma especial de dictadura y de sofisticado control social. El análisis está centrado en identificar los elementos que Orwell caracterizó en su visión futurista y

contrastarlo con la realidad actual. ¿Cómo se puede hoy instaurar un dictadura de un nuevo tipo? Onfray responde: "He identificado siete tiempos principales (para instaurar un dictadura)".

Para destruir la libertad, es necesario: asegurar una vigilancia perpetua, arruinar la vida personal, suprimir la soledad, alegrarse por las fiestas obligatorias, uniformizar la opinión y denunciar al que piensa por sí mismo.

Para empobrecer la lengua, es necesario: practicar una lengua nueva, utilizar el doble sentido de los términos, destruir las palabras, "oralizar" el idioma, hablar una lengua única y suprimir los clásicos. Para abolir la verdad, es necesario: enseñar ideologías, instrumentalizar la prensa, propagar noticias falsas y producir lo real. Para suprimir la historia, es necesario: borrar el pasado, reescribir la historia, inventar la memoria, destruir los libros, industrializar la literatura.

Para negar la naturaleza, es necesario: destruir el pulso de la vida, organizar la frustración sexual, higienizar la vida y procrear por medios médicos. Para propagar el odio, es necesario: crearse un enemigo, fomentar

las guerras, "siquiatrizar" el pensamiento crítico, acabar con el último hombre. Para aspirar al Imperio, es necesario: formar los hijos, administrar la oposición, gobernar con las élites, esclavizar con el progreso y dismular el poder.

Cuando constatamos el poder invasor de la tecnología en nuestras vidas, la permanente manipulación mediática, la pobreza creciente del razonamiento y del lenguaje, la uniformización del pensamiento derivada de lo "políticamente correcto", el control del régimen por los beneficiarios del poder, es difícil no sentirse preocupado por la evolución de las democracias actuales.

La reflexión de este polémico pensador inspirada en la obra de Orwell resulta atractiva. Tanto Orwell como Onfray son conscientes que la mejor forma de dictadura es aquella en la que los sometidos no son conscientes que viven en ella. Sólo pequeñas minorías excluidas y marginalizadas perciben la telaraña que amarra sus vidas a las prioridades fijadas por el modelo dictatorial.

¿Quién rige esta dictadura? Lo que es maravilloso de la reflexión es que nadie ejerce



No es de extrañar que los modelos democráticos, aun los más desarrollados, muestren señales de una crisis sin precedentes.